

QUISIERA RECORDAR A TOMÁS MORALES, HOY, ciento veintinueve años después de su llegada al mundo. Y hacerlo para tratar de aproximarnos a una de las caras más difusas de la caleidoscópica figura del poeta: la del bohemio. Vaya por delante que no quieren ser estas páginas mera recreación de una etapa concreta en la biografía del autor, sino, en todo caso, una reflexión sobre lo que constituyó en aquel toda una condición. En realidad, corren el riesgo de ser caprichosas, pues tal vez informan no de la bohemia del poeta, sino de la bohemia que *quise ver siempre en el poeta*.

Acudirá de inmediato a nuestra memoria el conocido retrato a carboncillo que Eladio Moreno dibujara a su amigo, allá sobre el año cinco: corta pero insinuante melena, barba y bigotes rindiendo culto al abandono, bufanda que asoma sobre el raído gabán, y sombrero de alas levantadas; ese mismo que según Emilio Carrere representa “independencia, inadaptación, literatura”, tres conceptos que acaso definen a nuestro escritor.

Los años universitarios de Tomás Morales en Madrid se correspondieron con el momento de máxima ebullición de la bohemia española finisecular. El mundillo literario de la Villa y Corte da, en los primeros andares del nuevo siglo, sus notas más altas y sostenidas, con sus innumerables tertulias de café, las bravuconadas de sus sumos pontífices, los odios y pasiones de los correspondientes correligionarios, las largas y vociferantes madrugadas, las guerrillas periodísticas, las calles ebrias de arte, y de algunas otras cosas que difícilmente pueden llamarse arte... Desde luego, ni por temperamento ni por las propias relaciones personales pudo equiparse la bohemia de Tomás con aquella de los

Carrere, Sawa o Valle-Inclán; mucho menos con la extrema y crapulosa de un Pedro Luis de Gálvez o con la grotesca y lamentable de un Dorio de Gádex. “A la desastrada bohemia no se incorporó jamás”, aseguraba Simón Benítez Padilla, testigo de excepción en las correrías madrileñas del moyense. Lo cual no obstó para que, de la mano de su incondicional Francisco Villaespesa, y desde aquella mítica pensión de la calle Jacometrezo, sí supiera Tomás, con distancia prudente, de ese mundo de noches a la intemperie en los bancos de la Plaza de Oriente, del sablazo mayúsculo en cualquier esquina, del café con recuelo, del hambre y de la locura.

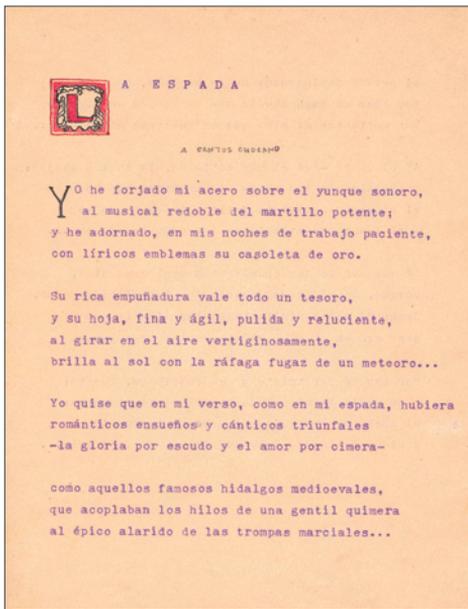
Más allá de las poses afectadas, del atuendo y desaliño intencionados, incluso de los coqueteos con las noches madrileñas y sus posibilidades, Tomás Morales no perteneció a ninguna de los tipologías que inventariara en su día el citado Carrere: ni bohemio pintoresco, ni bohemio tabernario, ni bohemio lúgubre. A Tomás Madrid y su atmósfera lo animaron, por supuesto, a sumarse al juego del escaparatismo estético, pero apenas modificaron lo esencial de aquel espíritu libre y errante que venía gobernando su personalidad; si acaso, como explicaré a continuación, contribuyeron a dotarlo, paradójicamente, de método, de sistema de trabajo. Cabría antes preguntarse: ¿qué suerte de componente bohemio llevaba ya Tomás inherente a él, cuando llega a la capital por excelencia de la bohemia hispánica? Tal vez aquel mal estudiante que fue siempre, sacando adelante sus asignaturas con más pena que gloria, nos da la medida de su naturaleza bohemia. Y es que ese alumno huidizo del estudio, aquellos incalculables minutos de miradas al techo, su permanente trueque de la disciplina por el ideal, del menudo escritorio por la cama de la habitación (único gabinete posible para todo bohemio), en suma, aquella “laxitud soñolienta” incompatible con la dictadura de la silla y el



Retrato de Tomás Morales, Madrid, 1905.
Eladio Moreno Durán.
Carboncillo sobre papel,
27'5 x 30'5 cm.
Fondo artístico de la
Casa-Museo Tomás Morales.
Cabildo de Gran Canaria.

hincar los codos, supusieron acaso las horas de trabajo efectivo en el incansable laboratorio del soñador. Al menos así lo he imaginado yo siempre, al acercarme tanto al personaje como a su obra. Sí: aquellos ojos perdidos –“casi en éxtasis”, al decir de Fernando González– debieron ser a menudo los de un poeta en plena actividad. No ya viajando con su imaginación en la búsqueda de confines perdidos o en la exhumación de recuerdos que poetizar, como corresponde a toda alma lírica; sino probando asonancias con un imperceptible movimiento de labios, escrutando ritmos, atrapando esdrújulos en el aire... Con o sin musas, quién sabe. Aquel Tomás de mirada ausente llevaba permanentemente colgado, como los surrealistas

en la puerta de su dormitorio, el cartel de “Silencio, el poeta trabaja”; pero nadie parecía advertirlo. “Este Tomasito, siempre igual...”, hubo de escucharse en más de una ocasión. Ese espíritu de aparente inacción –abúlico, se ha dicho de él–, esa cierta propensión a la pereza permanente han sido observados en Morales recurrentemente. Realidad personal, esta, al margen de su determinismo geográfico, de esa tópica “pereza insular”, de todo cuanto “este sol africano fundamenta”, como escribió a Quesada. Para quienes lo rodearon, también para las generaciones futuras, queda esa imagen ya casi legendaria, del hombre que sucumbía ¿lo confiesan sus



“La espada” en *Maquetas artesanales o Libros de autor* de *Las Rosas de Hércules*, de Tomás Morales.

Libro I (1922).

Archivo documental

de Tomás Morales.

Casa-Museo Tomás Morales.

Cabildo de Gran Canaria.

propios versos? al “duende halagador de la pereza”, consciente y acaso condescendiente con su “espíritu en pereza adormecido”. A algo de ello se estaría refiriendo Enrique Díez-Canedo al afirmar, en su prólogo a *Las rosas de Hércules*, que su autor “iba poco a poco [...] harto perezosamente madurando sus sueños”.

Luego vendría la prueba de fuego, el ser o no capaz de sentarse ante la hoja en blanco, y de vencerla. Cuando lo lograba, Tomás consumaba su obra, trabajándola técnica-

mente como el prodigioso orfebre que fue de sus versos. “Me cuesta un trabajo horrible”, confesaría en la célebre entrevista firmada por Félix Aranda Arias. Pero para entonces, antes de llevar nada al papel, antes de esas “noches de trabajo paciente” que nos revela el poema “La espada”, aquella mente dispersa y holgazana ya había operado decenas de tachados virtuales, otras tantas correcciones mentales, otras tantas reescrituras... De las tres fases del procedimiento creativo moralesiano de las que ha hablado Bruno Pérez, a saber, imaginación, diseño y ejecución, quizá el innato componente bohemio de Morales incidía entre las dos primeras, entre las de imaginación y diseño, activándose como una etapa más: esa que surtía, sin orden ni concierto, efectos distintos, ensayos sonoros, intuiciones silábicas...; a veces, el principio o el final de una línea candidata a verso; a veces, simplemente un título a la espera de poema. Con seguridad, placer.

De todas las aristas de la personalísima bohemia de Morales –ninguna puede serlo en una única expresión– es esta, sin duda, la que más ha venido interesándome: una bohemia plena de autenticidad artística, en cuanto que finalmente creadora, definitivamente resultante. *Las rosas de Hércules* da incontestable fe de ello. No fue de ningún modo aquella otra que habitó en buena parte de los bohemios coetáneos de Tomás, quienes por lo general no alcanzaron a producir más que una obra de corto vuelo, intrascendente, en el mejor de los casos; a menudo, autores de un libro que jamás fueron capaces de escribir, esos Bartlebys de los que habla Vila-Matas, a partir del famoso personaje de Melville. Unos *sirvieron* a la bohemia; sospecho que Tomás *se sirvió* de la bohemia. O mejor: de su bohemia.

Como es sabido, hay un momento clave, en el periplo madrileño del poeta, para su proyección artística: su contacto con la influyente escritora y periodista Carmen de Burgos, *Colombine*, participando activamente en su salón literario de los miércoles. Un testimonio del que se hace eco Sebastián de la Nuez nos muestra a Morales en aquel



Retrato-caricatura de Tomás Morales.
E. Moreno Durán.
Paradero desconocido.
Reproducción del archivo fotográfico de la Casa-Museo Tomás Morales. Cabildo de Gran Canaria.

contra la rutina y la trivialidad de la vida burguesa”.

En ese escenario queda también probada la bohemia efectiva de nuestro paisano, cuando las madrileñas horas de ensueño, literatura y camaradería tocaron a su fin; cuando, de regreso a su tierra, ya para ejercer la medicina, acecharon al poeta la realidad y su torpe propensión a lo uniforme, la gris conciencia del día a día, la trampa a menudo definitiva que la vida y su arte de la monotonía tienden a los artistas. Tal vez aquel particular e íntimo fondo bohemio de Tomás Morales, lejos de poner en riesgo la gestación de su obra, vino a salvarla; tal vez se mantuvo siempre activado, como un timón de viento que condujera la nave entre las espesas nubes de la rutina y la vida burguesa. Celebremos todo cuanto de bohemia hubo en Tomás. Porque acaso estaremos celebrando la existencia de una obra.

[Conferencia pronunciada con motivo de la ofrenda literaria para conmemorar el 129 Aniversario del Nacimiento de Tomás Morales, el 10 de octubre de 2013]